

Puerto Rico de paso y sin prisa

Noé Jitrik

1 - Nacionalismo

No tiene por qué sorprender, pero sorprende, que muros y bardas en San Juan, ostenten, como los de México, Buenos Aires y, supongo, cualquiera gran ciudad latinoamericana, leyendas, proclamas, consignas, reclamos, denuncias y toda clase de inscripciones. Y, si sorprende, es porque se suele pensar, desde otros lugares, que esta ciudad ha sido totalmente remodelada según el estilo norteamericano lo que tampoco es del todo falso por las evidentes autopistas y, en general, el tipo de diseño que, como se sabe, reconduce a lo privado lo que es en sí mismo público, me refiero a la voz de la comunidad; y no debería sorprender, porque en realidad San Juan tiene mucho de hispano, reconocible y gustoso, desde la urbanización, todavía subsistente, las fachadas de las casas, las comidas criollas, el físico de las personas, desde luego con un ingrediente de color más notable, ciertamente que en Buenos Aires o diferente que en México, aunque no demasiado en La Habana o en Caracas.

Sea como fuere, entre esas inscripciones no pude dejar de ver, apenas llegué, las muy numerosas que reclaman en varios tonos por Alejandrina, así, sin apellido, como si la persona a la que ese nombre refiere poseyera una estatura mítica. Se trata, en efecto y como lo pude saber por diversas publicaciones y relatos personales de Alejandrina Torres, una puertorriqueña actualmente presa en los Estados Unidos, acusada, pero creo que no formalmente todavía, de conspirar, sometida a torturas, aislamiento y vejámenes, en suma, una rebelde nacionalista, en la línea de Pedro Albizu Campos, expresión no sólo del vasto malestar de los puertorriqueños que viven en los Estados Unidos, sino también de la subsistencia de un pensamiento y un sentimiento que dista de haberse eclipsado en la isla.

Se diría, por cierto, que - y no sólo por la declarada adhesión a la situación y a la causa de Alejandrina - el nacionalismo está presente y vigente y hasta que posee fuerza, aunque por otro lado eso no llega a alterar el inmutable relativismo que parece la norma internalizada de esta sociedad; y el relativismo consiste, me parece, en que si a muy poca gente le gustó en su origen la situación semi-colonial

del país que no del "Estado", hoy esos mismos no saben qué hacer sobre el futuro, su lenguaje político es, en el mejor de los casos, tan gradualista que un porvenir independiente aparece en un escorzo vaguísimo, es un querer sin querer, es un rechazar aceptando, es una traumática, pero ya desde hace mucho, ambigüedad.

Muchos, pública y privadamente, son independentistas; algunos con un inocultable matiz nacionalista, que tiene a su vez muchas vertientes: hay quienes piensan que el nacionalismo no está reñido en Puerto Rico con el socialismo, el más o menos cubano o uno abstractamente marxista; otros lo entienden como herencia irrenunciable de un pasado consistente, habría para éstos un "ser" puertorriqueño que no necesita demostración; otros añaden a la idea un ingrediente católico, está claro que es, en parte, residuo del pensamiento de una burguesía que se atrevió a pensar, antes de 1898, que el país podría ser suyo después; incluso, como en el caso de Alejandrina, se puede ser protestante y nacionalista; hay, en fin, como es previsible, muchas variables y muchas reinterpretaciones. Todo ello, con ser notable, es menos importante para mí que la presencia obstinada de esta ideología, presencia bastante contundente en el lenguaje privado, aceptablemente expresiva en el lenguaje público, político o cultural. Sin embargo, vale la pena decirlo: si bien todos los nacionalistas son independentistas, no todos los independentistas se proclaman nacionalistas, al menos en el sentido más usual de la palabra en este lugar.

De todos modos quiero decir, con un énfasis que supone muchos conflictos internos, que el nacionalismo existe, no es cosa del pasado y su valor de resistencia me parece también innegable, aunque se manifieste muy diversamente según las diferentes capas o clases sociales. Así, se me ocurre, que la gente que vive en y con las materias básicas del país - café, yuca, ñame, yautía, plátano, batata, etcétera -, que las ingiere y manipula, tiene completamente vivas las reacciones nacionalistas, es nacionalista estructuralmente, lo que tiene consecuencias en la cotidianidad y sobre todo en el idioma, análogamente resistente a la tentación invasora, y por supuesto, en la cultura.

Sin embargo, el hecho de que lo que fusiona todos los circuitos sea el dólar - se sabe el valor de lo simbólico en la conformación del imaginario social - crea un problema, es como el asalto de una contradicción fundamental: cada nación tiene, bien o mal, su moneda. No obstante, la contradicción puede ser aparente o no muy grave en lo cotidiano y no afecta cómo se vive, precisamente, la cotidianidad, por ejemplo, el cambio de la "r" en "I" que aquí parece signo de un "ser" y síntoma de un conflicto; de todos modos, no puedo dejar de pensar que la moneda crea una

desembocadura estrecha, por no tomar eso como dato evidente y grosero de una situación más compleja, que da lugar a infinitas aclaraciones.

Si se trata de otras clases sociales, se diría que el nacionalismo no tiñe sino superficialmente la vida cotidiana; no falta quien declare, en son de guerra, su aversión a la Coca-Cola mientras registra vida y milagros de la realidad en potentes computadoras o se desplaza en automóviles de los cuales lo menos que puede decirse es que son excesivos. En el habla, esa declaración es doble: la de una puertorriqueñidad inalienable y la de un lenguaje en el que la mutación de "r" en "l" indicaría de por sí, por puro sonido, una pertenencia y una definición.

Esto no quiere decir que por eso el nacionalismo adelgace su cualidad de resistencia; lo que no se ve, con nitidez al menos, es cómo eso puede devenir proyecto en la situación colonial que, para muchos, no nacionalistas o nacionalistas, es cómoda. En mi opinión, y por más que se suela formular como un dado obvio de toda perspectiva ideológica (algo así como "somos puertorriqueños, porque siempre lo fuimos"), este nacionalismo tiene un sentido diferente al que tienen los nacionalismos europeos y se incluye en los latinoamericanos, formulados también con multitud de matices.

Así, y para no ser prolijos, diría que cuando De Gaulle convoca a las masas diciendo "francesas y franceses", la apelación tiene un alcance muy diferente que la fórmula empleada por los presidentes mexicanos que hablan al pueblo: "mexicanos". Exteriormente es lo mismo, pero en el primer caso, como lo pide la idea europea de nación, es excluyente y enfática, orgullosa se diría; en el segundo, es defensiva y recordatoria. Y eso, creo, es uno de los rasgos esenciales del nacionalismo latinoamericano (exclusión hecha de los fascismos, que se apropian de esa designación), su positividad en relación con procesos de formación del Estado sometidos a fuertes presiones de otros Estados, con un claro sentimiento de una identidad, pero sin una clara conciencia de su valor frente a otras, o de su fuerza para enfrentar el futuro. Precisamente, el nacionalismo es una invitación a constituirlo o a prepararse para una lucha.

Ahora bien, cuando en Puerto Rico uno pregunta acerca de la índole y el sentido del nacionalismo, las respuestas van, por lo general, en la misma dirección: se trata de afirmar una identidad frente al riesgo de perderla, en virtud de la presencia norteamericana y la situación colonial. Y si bien la idea de "colonia" es amplia razón por la cual un país puede serlo de muchos modos un nacionalismo afirmativo y a veces redundante como éste tiene manifestaciones semejantes en

otros países de América Latina, no sometidos a tutela política y diplomática, autárquicos en relación con un campo simbólico, al menos en lo inmediato, de sus decisiones políticas, culturales y lingüísticas independientes.

Por supuesto, y más allá de los proyectos que se puedan fundar sobre una actitud nacionalista, no me cabe duda de que un nacionalismo de vinculación con la realidad propia, sea cual fuere, es el único camino para una creación verdadera, enraizada, auténtica. En este punto, podría haber una diferencia entre los demás países de América Latina y Puerto Rico en cuanto a la creatividad, que se toparía en lo no resuelto de una independencia eternamente pospuesta, un límite interno fuerte, un bloqueo en lo imaginario aunque, desde luego, tal límite, como lo probó la India en su momento, no es una ley general. De ello, no obstante, se podría extraer una consecuencia. ¿No será acaso, para Puerto Rico, un camino el incluirse en América Latina e incluir en su universo significativo lo que ofrece el imperfecto modelo latinoamericano? Este tema me desborda y me satisfago con meramente insinuarlo en toda su amplitud y vaguedad.

Más me interesa señalar el riesgo que corre un nacionalismo sin proyecto: la retórica invocatoria, el exorcismo verbal sacralizado, el estremecido, pero fugitivo reconocimiento de una identidad compartida como campo de la declaración, no como ámbito de los hechos. Esto no quiere decir que a partir de esa verbalidad no se produzcan hechos; sí se producen, como lo prueba el caso de Alejandrina, que despierta conciencia y pone en cierto movimiento a las mentes; me refiero a otra clase de hechos, los artísticos e intelectuales que, me parece, están atacados de declaración nacional y patriótica, hasta tal punto que si por un lado bloquean la crítica, por el otro impiden que una obra tome forma en lo particular y, en lo particular de su potencia como obra, ponga en evidencia una identidad y su legítimo derecho a dirigir sus medios de producción, reales y mentales, instrumentales e imaginarios. Dicho más groseramente, si en un espectáculo de danza sólo escucho la palabra "Puerto Rico" o "Borinquén" y no veo cuerpos en movimiento, puedo pensar que el nacionalismo está paralizando, que la búsqueda de una comunión social de cierto signo a través del arte desvía y confunde la necesaria ruptura que el arte implica y a través del cual, más que de mil declaraciones, se hace presente una identidad.

2 - Prensa y vacío

Por supuesto, en tan poco tiempo de permanencia en la isla, requerido por tan diversos llamados - tormentas, personas, recuerdos, lecturas, clases, miradas no

pude, sino incidentalmente, ver o pensar algo en cuanto a las comunicaciones puertorriqueñas. Vi algo, poco, de televisión local, y en verdad no puedo tener una idea clara de un estilo o de una modalidad. Prejuiciosamente, desde luego, sentí que su finalidad básica era provocar el vacío - aunque no el "vacío perfecto" al que aspira Stanislas Lem - sino un símil del bostezo gigantesco que intenta, cual pozo negro interestelar, tragarse el alma - la materia - de la región. Nada muy diferente de lo que intentan otras televisiones que conozco, la argentina y la mexicana, con diferencias en favor y en contra. Tal vez aquí, justamente por la conexión con los EEUU y puntualmente, haya un acceso mayor a la adultez visual, que fue la meta de los comunicadores desarrollistas de la década pasada; en cambio, la posibilidad y la necesidad -, precisamente por carecer de tal conexión en Argentina y en México, de improvisar, confiere un mayor margen de audacia en el lenguaje de las imágenes, tal vez un poco más de búsqueda. Pero allá y aquí predomina el ruido para nada, *sound and fury* que, como observa Tito Monterroso, no quiere decir bellamente en castellano "el sonido y la furia", sino, tan sólo, "bla, bla, bla". Ciertas ideas en sí mismas buenas, como un canal exclusivamente de noticias, se diluyen en la trivialidad de las noticias elegidas; uno presiente que los que están detrás de la consola saben perfectamente qué quiere el "cosidetto" público y se lo proporcionan en una relación matrimonial sin vicisitudes. Tal vez el público quiera *otra cosa*, pero como eso no se sabe y de ningún modo se cree que se deba *construir* el público, se reducen sus apetitos a una sola veta: apetito de tranquilidad, vocación de placidez, chatura armoniosa, inquietud reducida, angustia controlada e ilusión de placer.

No se me oculta que esto mismo puede decirse de muchos otros lugares, aunque por otras razones y con otros estilos y tiene, lo que he dicho, un carácter general que me irrita incluso a mí, pero sería más que falso no decirlo habiéndolo sentido o escudarme en imágenes deliciosas para dar cuenta de esas puntas de angustia que más de una vez treparon por mi plexo tratando, a través de ese sistema de signos como de cualquier otro, de saber algo más sobre este pueblo y este país.

El lenguaje de la televisión no fue un buen conductor para ello, como sí lo fueron muchos de los buenos amigos que hice aquí y que con didactismo angélico me hablaron de todo, desde la relación entre las designaciones de San Juan y Puerto Rico (invertidas en el tiempo, pues Puerto Rico se dijo de lo que hoy es San Juan y a la inversa), hasta la situación de los ensayos de Hostos, pasando por el reciente mito de Alejandrina Torres o diversas, más o menos públicas, más o menos secretas, prácticas que ligan o separan a la gente, intentos de establecer proyectos colectivos, momentos de intenso aislamiento individualista, peculiaridades para

otorgar el aplauso, modos de administrar la crítica, historias, costumbres, formas en que puede nacer el amor, permeabilidades previsibles y modos del rechazo, la vida propia, en fin, de esta humanidad.

En cambio, el periodismo me ha sido más asible, quizás porque yo mismo estoy, como se dice, chapado a la antigua, y creo espontáneamente que el diario es un lugar social importante, así sea nada más porque dispone de la capacidad de dirigir la lectura de grandes masas y, a través de ese poder, de ayudar a organizar de un modo u otro el universo simbólico de esa gente. En suma, que he sido sensible a lo que de sí mismos me han dicho los diarios puertorriqueños contra los que, me dicen, luchó heroicamente alguien como Marta Traba en su fugaz paso por aquí y en el campo restringido de la crítica de arte. También, maravillosa quijote, lo había hecho en Bogotá y en Montevideo, y luego en Caracas, última encarnación de Sarmiento, que creía que los diarios eran un instrumento de educación, uno de los más elevados.

Digo, de paso: debe haber algo en Puerto Rico que hace sentir que se podría penetrar en el país, la ilusión, o la fantasía o la realidad de una esponjosidad o de una permisibilidad complaciente, que disminuye la previsible sensación de extrañeza del extranjero, de modo tal que, al muy poco tiempo, el extranjero cree haber entendido, cree poder decirlo y, al decirlo críticamente, como lo hizo Traba, expresar recíprocamente un súbito amor, despertado por los coquís de la noche, estimulado por la brisa y, quizás, con momentos de languidez difíciles, pero no demasiado duraderos.

Pero estábamos - no quiero dejarme interferir por tantas imágenes en el periodismo isleño, con exclusión del escrito en inglés, que escapa a mi sistema de percepción y de análisis. Frecuenté *El Mundo* (nombre de evocación argentina - ver *Adán Buenosayres*, de Leopoldo Marechal - y francesa) y *El Nuevo Día*, designación entusiasta, con tufo a secta protestante, como si fuera una parte de una frase mayor y propositiva. Montañas de papel ante todo y sin duda. No cometeré la torpeza de señalar lo que todos ven, a saber que *El Nuevo Día*, un poco menos *El Mundo*, parece el vehículo de los supermercados y las grandes tiendas y el comercio en general: son empresas y tratan de ser sólidas; lo que esa publicidad encarna no es, sin embargo, un mero punto de apoyo económico, sino también un punto alto en la concepción periodística: el público quiere leer lo que lo confirma, tranquiliza y conviene y nada lo confirma tanto, lo tranquiliza de tal modo y le conviene como saber dónde y respecto de qué podrá ahorrar cinco centavos, lo que no es desdeñable pensando en cómo se han hecho las grandes fortunas otrora. De modo

que la publicidad tan excesiva, pero modesta en comparación con la que a partir de los jueves ataca al inocente lector norteamericano, configura ya un orden de lectura que, por cierto, permite neutralizar los aleteos que podría producir la lectura que no es de publicidad.

Por supuesto, desde mi punto de vista, hay detrás de ello algo más que realismo económico; hay un designio político, como siempre lo hay en lo que se ofrece a la lectura y porque siempre, sea como fuere, un escrito construye al lector. ¿A imagen y semejanza, en este caso, de los productos anunciados o, más bien, del proceso de producción de esos productos o, mejor todavía, del sentido que tiene dicho proceso de producción?

Otra cosa que hay que considerar en ambos diarios, como en todos: lo que la publicidad deja libre es llenado por la información que es, como se sabe, de dos tipos: una, permanente, que importa al desenvolvimiento cotidiano de las personas clima, horarios de cine, programas de TV, llegada de aviones, edictos, horóscopos, recetas de cocina, novedades técnicas, cambios de normas, etcétera ; la otra circunstancial, lo que acaba de pasar en todas partes y que los integrantes de la sociedad tienen derecho a conocer: política local, nacional e internacional, cultura, economía, hechos varios, en fin, todo lo que tiene que ver, porque se estima significativo, con el ritmo de la vida que vivimos todos los seres humanos apiñados en el planeta. Ahora bien, por lo que se puede ver en el caso, ambos tipos de información son tratados exactamente del mismo modo, como si se dijera, de una manera u otra, "para nosotros y para usted tiene la misma jerarquía la noticia sobre el Premio Cervantes a Carlos Fuentes que lo que se puede hacer con los restos de la comida del sábado". Esto implica una igualación, un rasero que, me parece, tiene dos clases de consecuencias, sobre la escritura o el estilo: invariablemente sucinto, desapasionado, neutro, con un ordenamiento en declive (el hecho narrado va languideciendo sobre el final, hasta que el remate lo presenta como desangrado, realmente insignificante), como si el que escribe, de todos modos un ser concreto y lleno de conflictos, estuviera siendo vampirizado mientras escribe, remitido a las pocas vibraciones que subsisten en el triste papel del télex, de por sí desangrado. Y, por el otro lado, quienes reciben esta masa para leerla, suelen limitarse a posar en ella sus ojos sin tener ninguna saliente de la que sus ojos se puedan agarrar, recorren esas palabras, creen apropiarse de alguna información y dejan con un fastidio no confesado, ritual, esa libra de papel impreso dictándole, con ese gesto, su sentencia de muerte: a partir de ese gesto, el papel empieza a servir para otros fines de acuerdo, por cierto, con la clase social del lector y sus urgencias.

Dicho de otro modo, entre escritura y lectura el concepto que me parece, con matices, guiar la formulación de estos diarios es, creo, el de "fast garbage", conversión rápida en basura de lo que podría ser entendido también como digestión lenta.

Borges dijo, por ahí, "nada hay más viejo que el diario de ayer". Es cierto y los redactores lo saben, pero pueden luchar de uno u otro modo por prolongar esas 24 horas fatales; así, el *New York Times* procura durar más de un día, lo mismo que *Le Monde*, *Unomásuno*, *Página 12*, *El País* y otros cuantos, no muchos: la escritura es como la escena de ese desafío y la victoria consiste, por ejemplo, en que el lector sienta que debe regresar, que algo subsiste, que esas páginas brillan todavía. Otros periódicos tratan de no vivir siquiera las 24 horas, hacen lo posible para acortar su escasa juventud. Es la impresión que tuve también en otros lugares, con *Novedades* de México, *Clarín* de Buenos Aires o el periódico de *Bloomington*, Indiana. Dos, tres, cinco o diez minutos y ya está, concluido y a la basura, ese símil de la desmemoria, recipiente donde todo lo que importa se degrada y se pierde dejando, en su lugar, una vaciedad sin designación.

Podría uno preguntarse, por cierto, si el fenómeno es privativo de Puerto Rico.

3 - La "l" por la "r"

Muchos aspectos de la vida de esta isla escaparon a mi observación; en parte, porque los días fueron pocos, en parte porque mi atención se dispersó y me atrajo el mero vivir; otras cosas, en cambio, que había percibido, modificaron su forma física y aun moral. Ahora, a punto de salir y quizás ausentarme de ella por mucho tiempo, me surgen deseos de escribir sobre lo que no vi en su momento, pero que sin embargo percibí, así como sobre lo que fue cambiando respecto de las primeras imágenes. Al ocuparme del calor para darle su merecido nada dije sobre su infernal complemento, los mosquitos que, de todas formas y temperamentos, usaron los empeines de mis dos pies como los científicos usan los cobayos: con tenacidad y congruencia; en la lucha que emprendí contra ellos distinguí varios tipos, fui entomólogo mientras les daba manotazos recurriendo a estrategias variadas, la sorpresa, la mirada fija, la indiferencia aparente, la mano presta, etcétera. Obtuve triunfos, pero también debo reconocer que se metieron en mí.

Así, despertado antes de tiempo, insomne a la fuerza y con la languidez propia de ese poético vicio del dormir poco, la atención se hace flotante y las sensaciones

tardan en tomar forma, me pierdo en los detalles, que no integro en esquemas de sentido más amplios y parezco hipercrítico sobre la "realidad" cuando lo que en verdad intento es hallar el camino de nuevos textos y solamente eso, nuevos textos que den salida a mis viejas búsquedas.

Lo que dejé de lado, por lo tanto, regresa y me pide algo, que lo recoja, que no lo olvide; ahora, en la noche, obsesiva retorna la fonética que me parece diversa de la de las otras islas, Dominicana o Cuba. Es decir, el modo en que se modelan los sonidos: ciertas consonantes sonoras, como la "b", por ejemplo, son emitidas tan explosivamente, que resuenan como un pistoletazo, injustificado totalmente. Tendido en la cama, y como si no tuviera nada más en qué pensar, conjeturo que lo que ocurre es que las ensordecen a causa de que hacen caer una "s" precedente que, como se sabe, posee tanta sonoridad que suele reforzar otras sonoridades más tenues; así, en lugar de decir "es barato", dicen "e barato", como si, habiéndose perdido la influencia de la "s", la "b" se sometiera al influjo de la "t". Y si de "b" se trata, su fuerza libidinal es tan grande que la "v" se transforma en "b" y no aparece nunca, ni siquiera con un matiz; añádase a ello que casi todo el mundo, por razones ideológicas en muchos casos, se hace un deber en pronunciar "t" toda "r", y se podrá tener una idea de lo que ocurre cuando alguien, sentenciosamente, dice una frase como "es verdad"; suena "e beldá", siendo la "d" final un accesorio que sería pedante intentar conservar. Pero las aventuras de la "r" no terminan ahí; sufre una especie de guturalización que hace de un suave "Rubén" un deslizante "Jubén", casi ininteligible a fuerza de ser persuasivo y, por fin, la "j" propiamente dicha, cuando precede a una "u" seguida de "l", como en Julieta, murmura en los oídos casi "gu", pero no "gu", lo que implica una transacción, un acceso al canto que es como una zona de llegada de todas esas operaciones.

Es precisamente eso, el canto - y eso me quedaba en el tintero -, lo que ha sabido capturar Luis Rafael Sánchez en su magnífico *Guaracha del Macho Camacho*, libro que yo debí haber leído mucho antes y que sólo leí aquí, en despertadas desmesuradas, acosado por las diversas monstruosidades tropicales; tuve, además, la ingenua idea de que el contexto me ayudaría a entenderlo mejor; pero no, el contexto no ilustra nada ni es ilustrado, el texto de Luis Rafael es, clásicamente, "novela lingüística", musical por captación, no por reproducción, musical en el orden de las transformaciones que aquí se operan en la lengua, no por los juegos con las palabras, como lo intentan otros, sino en las imágenes, afiebradas, descomunales, continuas, infinitas.

De una cosa - como si los diversos planos de la realidad se embonaran y se produjeran recíprocamente - salto a la otra, impulsado por el insomnio, con la misma volubilidad con que las cosas se suelen presentar aquí, graves pero no tan graves, complejas lo político pero no tanto, peligrosas la criminalidad pero no por ello se pierde el sueño, entre arrebatos y calmas, como si afirmarse en el pasado permitiera dejar tranquilo el futuro. El modo de considerar esta dialéctica me suena a una mezcla de sociología premarxista las categorías propiamente marxistas (clase obrera, alienación, plusvalía, etcétera) suenan forzadas, no obligan a ninguna fidelidad metodológica y un buen (flojo) sentido que tiñe los discursos de todo tipo, antropológicos y políticos, históricos en especial que, según Antonio Martorell, brillan por su ausencia. En cuanto a los políticos, lo que siento es complicado: las imágenes lustrosas se vinculan con hechos de memoria, cientos de gordezuelos razonantes que se ponen la máscara de una consagración al argumento y detrás del cual se adivina el sordo ruido de un vacío. Al ver a los políticos puertorriqueños en plena época electoral tuve la aterradora visión de múltiples Rogelio Frigerio lanzándose en bandada y destrozando la "ratio" para imponer la mediocridad. Unos políticos son aquí "populares": son los optimistas, sin decir jamás cómo se puede ser optimista en una situación colonial, son los subproductos del desarrollismo poskennedyano; es probable que piensen que es posible un destino de progreso material y moral pese a todo y, justamente, por no mencionar ese "todo"; otros son designados como "progresistas", nombre que es una *contradictio in adjectio*, pues son decididamente reaccionarios, son realistas, suspiran por acabar de una vez por todas con la ilusión independentista, viven en el mejor de los mundos posibles, lo que prueba que Voltaire da para todo y no sólo para satirizar el progresismo, lo que familiarmente designamos como "psicobolchevismo". Esos progresistas poseen los billetes de color verde, confunden el destino de la isla con el del gran protector y proveedor, paciente reconductor de las impaciencias tropicales.

Del Hermano Grande, lo menos que puede decirse en su homenaje es que casi no se lo ve o no se ve directamente a sus agentes; por momentos, oyendo hablar durante un rato largo a los isleños, uno se pregunta si existe el "hermano mayor"; pero sí, existe y ha logrado, creo, algo enorme, teniendo en cuenta la capacidad del trópico de hacer que todo sea de ciclo rápido, las pasiones, las palabras y los frutos; lo que ha logrado es reducir el ritmo de pudrición de los frutos, ignoro si ha hecho algo en relación con las pasiones, aunque sospecho que sí; y lo ha hecho mediante dos métodos, el primero haciendo simplemente que se dejen de producir frutos, infalible remedio contra la pudrición; el segundo, introduciendo preservación y refrigeración en todas sus variantes y modelos. Yo creo que por eso me ha hecho daño la comida y he regresado a México con una infección intestinal totalmente

improcedente, pues es en México donde uno debe contraerlas. El hecho es que la química me dolió y mis propios gérmenes se desconcertaron, lo que no quiere decir que mis aptitudes para las alcapurrias, mofongos, empanadillas, hayan sido renacentistas. Sin embargo, que esos platillos existan me ha parecido un símbolo de resistencia, uno de los puntos en los que se dirime una lucha que lleva a cabo cierta gente para que la vida no se hunda en el conformismo sin pena ni gloria que promete el modo americano, pese a sus evidentes ventajas.

Pero lucha que se realiza en la zona de los signos, donde todo hierve más y tiene el positivo interés que tiene la vida de los signos cuando se les presta atención. La literatura, por ejemplo, de la que me faltó hablar. Había leído muy poco al llegar a Puerto Rico; una vez aquí, leí un poco más: los relatos intensos de Edgardo Sanabria, una bella historia de decadencia de Ana María Delgado, poemas diversos de Flax, de Martínez Maldonado, de Elsa Tió, de Ramón Felipe Medina, de Magaly Quiñones, de Manuel de la Puebla, del curioso "Ché" Meléndez, - que escribe como lo hacía el inolvidable César Bruto y que, como él, obtiene de su atribulado fonetismo un irresistible efecto cómico -, una novela de Magaly García Ramis, otra de Angel Encarnación - un rosario de paronomasias -, una carpentierana de Mayra Montero sobre la caída de Duvalier, incluso la curiosa y perfectamente modernista *La muñeca*, de Carmela Eulate; por supuesto, *La Guaracha del Macho Camacho*, de Luis Rafael Sánchez, los cuentos de mi compatriota Kalman Barsi y, creo, varias cosas más que me interesaron, todas, por tres razones: la primera, porque constituyen focos de resistencia contra el vacío; la segunda, porque son buenas cosas, con alto sentido profesional, aunque a ratos preocupados sus autores por problemas de género; la tercera, porque desearía - y esto ha sido un *leit-motiv* de mi paso por Puerto Rico - que lo que se escribe estableciera un acorde más estrecho con lo que ocurre y se hace y formula en el resto de América Latina, en especial México y Argentina.

Deseo que tiene su fundamento en mi aterrada sorpresa al verificar que pocos, o ninguno, han oído hablar de Monterroso, de Cardoza y Aragón, no digamos de Saer o de Grada. Desde luego, y para ser justos, la recíproca también es cierta y si no se hubiera dado este viaje, yo mismo no habría sabido de todos los que mencioné, encerrados en su isla, como todos los demás estamos encerrados en nuestras provincias del viejo imperio español. Tampoco habría sabido, yo, del interés vanguardista que tienen las novelas de José de Diego Padró, cuya existencia muestra, o prueba, que Macedonio Fernández o José Lezama Lima hay por todas partes, pero no lo sabemos y todos, en todas las provincias, es como si

dependiéramos de los galeones que traen noticia - y de los piratas que las acechan y les impiden llegar a destino -.

En el mundo de los signos está la salvación y, por eso, me escucharon con deferente ambivalencia al leer algunos poemas, pero también al discutir ciertos principios de crítica textual que me importan. Y digo ambivalencia, acaso cortesía, porque de mis poemas el amable público rescató las palabras fuertes y de mis principios cierto sesgo utópico, que me brota como una peste cuando me veo impelido a explicar en exceso o a convencer o a arrastrar a mis razones. Pero deferencia al fin, *gentillesse de coeur* que prueba que hay corrientes contradictorias, cierta confianza en que, como yo lo pienso, la salvación reside en el poder de los signos, cierto simultáneo escepticismo acerca de lo que *esta* salvación puede implicar para la salvación en general, políticamente indecisa, corroída (la idea) por la comodidad, reducida por las buenas maneras que, de todos modos, no pueden no dejar filtrar grandes huecos negros, que se tragan, en momentos de irritación, incluso a las buenas maneras.

Atravesé la ciudad de San Juan varias veces, por todos sus expresos, o, mejor dicho, atravesé sus municipios y, varias veces, desemboqué sobre el mar, en la vieja ciudad; no puedo decir que la fijé, porque en todos esos viajes miraba para el costado, tratando de descubrir por todas partes el mar o un resto, un destino; así, descubrí que Luis Muñoz Marín, el inventor del "Estado Libre Asociado", nació en 1898, cuando llegaron los yanquis: parido por la ocupación engendró la vinculación, en una homología de destino con Sarmiento, que se jactaba de haber sido engendrado por la Revolución de 1810. Ese destino es casi todo lo que descubrí y, por supuesto, la luminosidad del mar así como, desde un balcón en una casa de Miramar, con una copa de coñac en la mano, mirando la luna, el poema de Drummond de Andrade que me persigue desde que me asomé a la poesía: "*Pero esta luna, pero este coñac / lo ponen a uno triste como el diablo*".